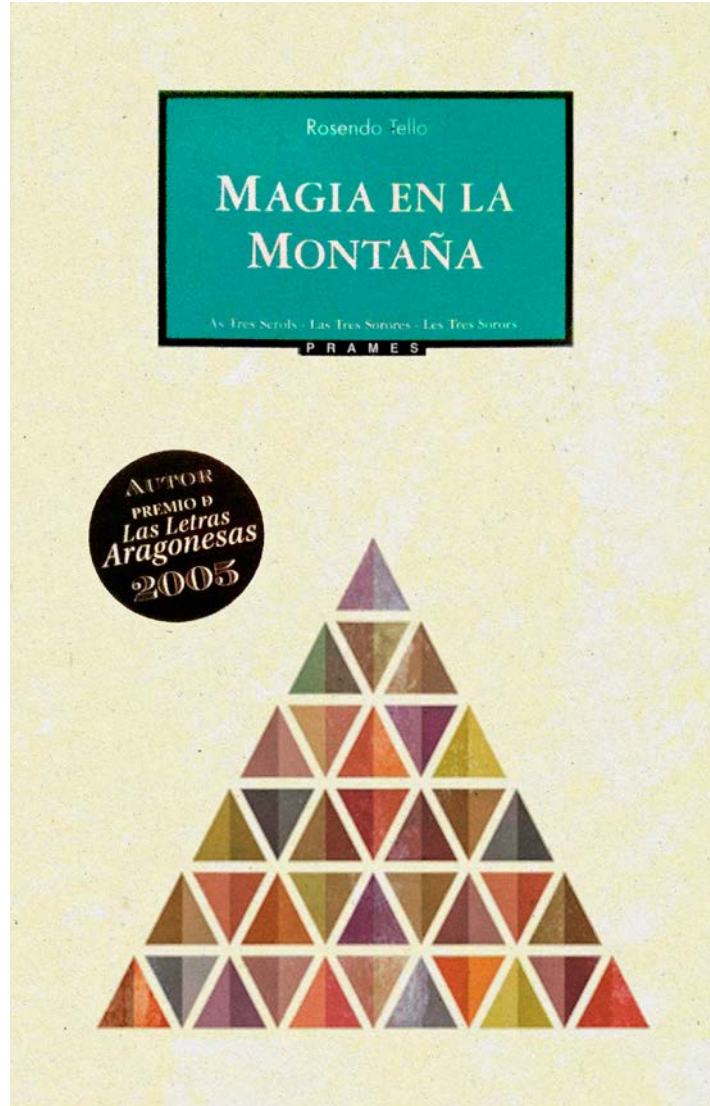


## La soledad sonora

Eugenio García Fernández

Rosendo Tello; *Magia en la montaña*. Zaragoza. Prames, 2013.



En el otoño de 1996 invitan a Rosendo Tello a participar en un curso de poesía que iba a realizarse en un pueblo de la alta montaña aragonesa, Morillo de Tou. De esta anécdota, de esta localización sobre todo, nace un excelente libro: *Magia en la montaña*.

“Un pueblo en ruinas, sobre las que se monta otro, constituye un homenaje de los moradores a sus antepasados. Un palimpsesto en que, sin borrarse los signos de los tiempos antiguos, se inscriben nue-

vos signos”. Estas palabras del poeta son una verdadera clave inicial para entender todo el texto. Texto que, contemplado en su totalidad, es un homenaje a la poesía. Y empiezan a desgranarse ya, con amplitud, con generosidad, versos deslumbrantes que, aun siendo personalísimos, recogen distintos ecos de la mejor tradición española y europea. Poetas telúricos, solares, como Aleixandre, Saint-John Perse suenan también en el caudal sonoro de Rosendo Tello: “Con la primera luz de la mañana,

/ al estrépito sordo de timbales, llameantes al sol las cabelleras, / descendimos al pie de la laguna”.

Hay también, en este primer poema de título que remite a San Juan de la Cruz, una identificación con pájaros extraños, de difícil clasificación, movidos por un designio misterioso: el canto. En “Mirada hacia el Sur”, ¿cómo no reconocer ese Sur posible e imposible, idealizado, mítico, que tan bien supieron decir Luis Cernuda y, más tarde, los mejores poetas de “Cántico”, Ri-

cardo Molina y Pablo García Baena entre otros? Vuelve a estar presente asimismo la dicotomía Norte-Sur, caracterizando al primero por una cierta inhibición puritana y al segundo, por la libertad de los sentidos: “Allí cantar es dulce y libre el pensamiento, / libres las sensaciones, igual que carretelas / en un prado de hierbas fulgurantes”. No solo pudiera hablarse de un contraste entre dos conceptos de vida, o dos morales, también existen dos “Poéticas” distintas y, muchas veces, en confluencia. Rosendo Tello, en el Norte de su tierra, sabe perfectamente cómo volver la mirada hacia otras latitudes. El lujo verbal de su poesía poco tiene que ver con la parquedad, o esa sobria rudeza que, como tópico, se sobreentiende en el Norte. Muy bello, elegantemente clásico y renacentista, es “Geórgica imposible”. El eco universal de Horacio, que recogen después Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Juan Gil-Albert, etc..., suena aquí en versos de perfecta medida y sobria contención: “Yo podría haber sido agricultor, dichoso / en mi finca vallada con un seto de vincas”.

Mediterráneo, solar, como una composición de vida en la que no faltan los elementos del mito de la edad dorada (las abejas) ni la alusión, recurrente, a lo oracular. De Garcilaso se toma el sentido bucólico, no el dolorido sentir de Salicio y Nemoroso, pues, en toda composición de vida ideal, el amor sosegado, cumplido, resulta imprescindible. No falta, con todo, el sentido más realista y apegado a la tierra. La tradición de los ancestros y no tanto la tradición literaria: “Ser pastor solitario, / como lo fue mi abuelo, ¡suprema ocupación!”.

El homenaje a Lorca se nos muestra, curiosamente, en su vertiente más lúdica, menos trágica o dramatizante. Lorca un tanto infantil en juego con los colores y con los sonidos. Es otra visión no menos real del poeta granadino.

“Lamento de los antepasados”

recrea el tema clásico de las ruinas. Tema lúgubre y romántico a la vez. Se trata de unas ruinas contaminadas, enriquecidas, de memoria ancestral. La desolación del tiempo borrando a duras penas los vestigios de otro tiempo que se resiste a una devastación total. Milagros también, como en el poema de Machado, de la primavera: “Llovió en la primavera, florecieron tapiales y majanos/y hasta el pino albar, que arrastrara el torrente, / respondió a la costumbre de otros tiempos / con penachos de bayas y altas sedas flotantes”.

En relación con el tema clave de los antepasados, tiene Rosendo Tello la maestría de recrear ambientes espectrales, fantasmagóricos, en los que se produce, dentro del paisaje, una interferencia de tiempos: la avasalladora vida del presente frente a un pasado tenaz que se resiste a morir del todo. Algo hay de realismo mágico en estas composiciones (“el ulular del búho”) como en la Comala de Juan Rulfo o en los desolados pueblos aragoneses del alto Pirineo. Tampoco es ajeno el autor a un cierto irracionalismo poético, enumerativo e idealizante que me recuerda —insisto— a S.J. Perse: “Y en el mar florecía un mar instrumental, / con techo de palomas y cintura de algas,/y venían doncellas con cestillos de rosas”. En el mismo sentido se podrían entender imágenes antiguas, ceremoniales, como pertenecientes a un tiempo en el que cuentan la sacralidad de las cosas y los ritos oferentes. Imágenes de estirpe culturalista en correlación a tiempos más primitivos y relativamente próximos: los oficios agrícolas, el pastoreo, el trabajo sobre la piedra de los canteros...

Mezcla de coloquialismo y cultura es el homenaje a Garcilaso; y un prodigio de asimilación poética el que se dedica al lírico por antonomasia de nuestras letras: San Juan de la Cruz. Es su vocabulario, su tonalidad misteriosa e irracional en gran medida, su música, su sentido de la ebriedad... Magistrado asimismo

es el retrato que dedica a Antonio Machado. Captamos su distanciamiento irónico, lúcido; un icono al margen del tiempo y entrañado en el tiempo, en su tiempo. Impresiona una vez más ese Machado como víctima de las dos Españas: las del pasado, las del presente, las del futuro. La España cainita y eterna: “Quien sabe si nosotros, hijos desheredados, ( ) fuimos quiénes te lanzaron al fondo / de la Laguna Negra”.

Destacaría, para acabar, otros dos poemas espléndidos: los dedicados a Borges y a Gil-Albert; poetas, por otra parte, tan distintos, o quizá no tanto. En el primero observo esa recurrencia de Tello a lo oracular, a una lucidez visionaria y oscura. Resplandece, valga la paradoja, la inteligencia un tanto fría de Borges. De él se ha dicho que no tuvo piedad de la historia, que la perfección de su obra es un tanto gélida. “De Tiresias a Borges tengo horror a los ciegos”. Esfinges lejanísimas que interpretan a la divinidad. Inescrutables. Todo lo contrario a ese mundo sensual, hedonista, luminoso, cálido. El mundo traducido en caudal sonoro. El mundo de Gil-Albert y de Rosendo Tello.